

El Agua Hierve en Formosa

Escribe Vivian Trias

II

EN el caldero de la política internacional la temperatura de ebullición sigue correspondiendo a Formosa. Chou en Lai ha rechazado la invitación del Consejo de Seguridad para discutir la moción neozelandesa. La presencia de la China roja en la mesa diplomática está condicionada —ha dicho— a la expulsión de la otra China. Mr. Eden ha hecho una cauta advertencia al gobierno de Peiping, mientras la oposición laborista lo bombardeaba con embarazosas preguntas: ¿China continental tiene derecho a las islas costeras? ¿Cuál es el verdadero status de Formosa? ¿Qué valor tienen las declaraciones de El Cairo y Potsdam? etc.

Chian Kai Shek, pese a los apremios de Washington, sigue demorando la evacuación de las islas Tachen. Eisenhower, mientras tanto, continúa la difícil exégesis pacifista de la memorable resolución del 29 de enero.

El agua hierve en Formosa; pero el fuego que le da calor es un hecho muy profundo y trascendente, uno de los hitos esenciales en la historia contemporánea: la revolución china.

Las tres causas elementales

LA experiencia china es un ejemplo —el más significativo e impresionante— de la marea revolucionaria desatada en Asia después de la guerra. Responde, pues, al mismo proceso histórico y a las mismas causas fundamentales que han engendrado la independencia de la India, de Birmania, Indonesia, el caso de Indochina, etc. En el fondo —y simplificando mucho algo tan complejo— de todo ello alientan tres fuerzas esenciales e inostergables de la historia: el hambre, el nacionalismo y la humillación.

China es un país muy viejo y, en ciertos sentidos, muy maduro. Ha desarrollado una cultura rica, honda e inconfundible. En otros tiempos la civilización, el centro del mundo estaba allí y no en occidente.

En 1793 el rey Jorge III de Inglaterra envió al emperador Chien Lung una embajada con el fin de establecer relaciones comerciales regulares. El emperador la recibió como el homenaje de un estado inferior y la rechazó cortésmente.

"Como vuestro embajador puede ver por sí mismo, nosotros poseemos todas las cosas. Yo no atribuyo ningún valor a objetos extraños e ingeniosos, y no tengo necesidad de las manufacturas de vuestro país". Tales fueron sus palabras.

Mientras duraron las formas económicas pre-capitalistas y la tierra fué el fundamento de la sociedad, oriente mantuvo su evolución independiente y el esplendor de su civilización. La diferenciación histórica acaece con el régimen capitalista y Europa obtiene su supremacía material gracias al desarrollo formidable de una de sus superestructuras más importantes: la técnica. Pero no es ésta, en sí misma, la que provoca el estancamiento material del oriente y el progreso ilimitado del occidente. Los chinos conocieron la pólvora, pero la emplearon en ahuyentar demonios. Descubrieron la aguja magnética y la usaron para ubicar las moradas de sus antepasados. Elaboraron esenciales y complejos principios matemáticos, pero con ellos y a través de complicadas operaciones algebraicas, trataban de averiguar si la mujer encinta iba a dar a luz un niño o una niña.

Fuó la técnica al servicio del capitalismo lo que dió a ésta su poder taumatúrgico e hizo de Europa el amo del mundo. Por razones que aquí no podemos analizar, el proceso de acumulación primitiva quedó obstruido en Asia y, entonces, ya en el siglo XIX, no fué un amable embajador lo que llegó a China sino una flota de guerra cargada de opio.

El hambre

EN China habitan más de 500 millones de hombres y un 80 por ciento de ellos viven directamente de la tierra. El campesino



Mujeres chinas en campos de arroz.

chino fué, hasta la revolución, el más miserable del mundo. De él se decía que era "un insecto resignado y necesitado". Trabajando de sol a sol obtenía un rendimiento apenas suficiente para no morir. Su existencia ha sido, por siglos, marginal y periódicamente su fecundidad daba origen a excesos de población que las guerras civiles, las inundaciones o las sequías, eliminaban del mapa, provocando millones de muertes. Estos no son hechos de la tradición lejana sino dramáticos acontecimientos de nuestros días: la hambruna de Hona en 1943 y la inundación del río Amarillo en 1944. Es la tragedia de la "Madre Tierra".

Detrás de esa espantosa miseria operan dos motivos esenciales: a) el latifundio y b) la increíble densidad demográfica. El 80 por ciento de la población campesina tiene que arreglarse con el 15 por ciento de la tierra. En el sur, la densidad demográfica llega a los 1.200 habitantes por kilómetro cuadrado. Por ello la agricultura china (se la ha llamado "de jardinería") era la de más bajo rendimiento por hombre y la de más alto por hectárea. Con lo dicho basta para com-

buscar mujer". Por debajo de la explosión revolucionaria asiática hay un real y pujante problema racial. El mito de la raza blanca está en decadencia.

El nacionalismo

LA Guerra del Opio y el tratado de Nankin (1842), ocurren en las vísperas de la fase imperialista del capitalismo.

Desde entonces, y con Inglaterra a la cabeza, se desarrolla la explotación de China por el capitalismo internacional. El inmenso territorio y sus 500 millones de habitantes constituían un fabuloso mercado y una inagotable fuente de materias primas. El reparto fué diligente y despiadado. Los socios comanditarios eran Inglaterra, EE. UU., Francia, Alemania, Rusia y Japón, convidado de piedra, inopinado y amarillo de la última hora.

La guerra a sangre y fuego los derechos de extra-territorialidad, la cláusula de la nación más favorecida, la prohibición de fabricar armas, las concesiones, la alianza con los señores de la tierra y la casta imperial parásita fueron los expedientes de la dominación. La economía china fué deformada, su soberanía arrasada, pero, por un proceso dialéctico concomitante, se fué desarrollando —al amparo de una incipiente industrialización— una burguesía nacional y un proletariado urbano en sus primeros balbuceos. La burguesía es el órgano social del nacionalismo político y en China se cumplió esta ley histórica. Subrepticamente, oscuramente, como una larva en su capullo, comenzó a gestarse un concepto moderno y antiimperialista de la nación China, que fué a aunarse a las otras dos fuerzas explosivas: el hambre y la humillación. Mientras tanto, los magnates de la City, Wall Street, París, Berlín, Petrogrado y Tokio, disfrutaban de suculentos dividendos amasados con el sudor, la sangre, el dolor y el sometimiento de millones de seres. Es que como lo dijo una vez el emperador Vespasiano al contar lo recaudado con un impuesto a los urinarios: el dinero no tiene olor.

Comité Ejecutivo

SESIONO el jueves 3, hallándose presentes los camaradas Cultelli, Trias, Dubra, Burghi y Troitiño, faltando con licencia Jaurena, Trotta y Prato.



Campesinos chinos huyendo durante la guerra anti-japonesa.